



La respuesta

no parece, en un principio, que pueda resultar problemática; no tiene uno, o una, o un hatajo — o una multitud por aquello de no ningunear a género alguno de especímenes — más que llegar y decir pues yo o nosotros o nosotras somos Fulanito de Tal, o Perenganita de Cual, o estos/as o los/as otros/as o los/as de más allá e hijos/as, todos/as y cada uno/a, de nuestros/as respectivos/as padres/as... No, mira, ahí nos hemos equivocado, pero en un alarde de humildad y de saber no ocultar nuestros errores lo vamos a dejar como está y seguir, como si tal cosa, aunque saltándonos - eso sí - las

obviedades que todos damos por sentadas en lo que concierne a nuestros semejantes que, como si vamos al diccionario de sinónimos encontraremos que son "similares", o - eso también - "parecidos/as", a nosotros/as mismos/as, ¿no?, que es de quienes estamos hablando si no hemos perdido el hilo y, por tanto, portadores/as tanto unos/as como otros/as — aparte de "de valores eternos", que también se da por sentado — de obviedades tan nada diferentes de las propias que para qué repetirlas, nosotros, por puro sentido común y del ahorro, nos atenemos a la más estricta de las lógicas y no las repetimos...

¿O sí lo hemos perdido?

El hilo, que sería lo grave; porque el sentido común — ¡una cosa tan corriente! —, cuánto ni qué puede importar cuando, además, nos queda el propio, de infinitamente mayor enjundia y entidad. Y si lo hemos perdido, Dios no lo quiera, sí que la habremos liado porque nos pasará como, hace apenas unos días sin ir más lejos, nos sucedió a nosotros en nuestras propias carnes mortales cuando buscando... pues qué podía estar siendo, que así al pronto no caemos...

Bueno, pues no sabemos, pero un destornillador...

¿Qué estábamos diciendo? Ah, ya: que para coger la pinza de la ropa con que sujetar el estor averiado del cuarto de estar

y poder así abrir la ventana... Pero tampoco vamos a extendernos en eso porque, nos figuramos, quien más quien menos ya cuenta con sus trucos propios para abrir sus ventanas.

Además, la ventana la terminábamos de cerrar; así que, la pinza...

Bueno, mira: es igual.

El caso es en resumidas cuentas que fuera por la razón que fuese buscábamos algo y derramamos, sin quererlo, la copa de algún néctar repuntado que nuestra memoria se obstinó en despertar como ambrosía...

Y la dejamos hacer...

La dejamos hacer y, con deleite, aplicamos el néctar con las yemas de los dedos en las sienes, y en el cuello, y detrás de las orejas y en la frente, y aspiramos el olor evanescente del antaño mientras se demoraba ella por entre los jirones de las tardes ociosas en que éramos algo que la última vez que alguien lo mencionó ya dio problemas porque — la más paliducha de las Montesclaros — que pero, bueno, eso es muy elástico...

— ¿Elástico? — Doña Olaya —

¿Cómo cuánto exactamente de elástico?

—Como muchísssimo—

acompañando su ese tan larga, la otra, con un movimiento amplio y lento de la mano.

– ¡Vaya por Dios! — cabeceando ésta como quien se contiene para no exclamar ¡lo que hay que oír! Y, girándose a su propia hermana —: ¿Qué te parece?

Y la hermana se limitó a ladear un poquito la cabeza y volverla a enderezar como queriendo dar a entender “ea”.

–“Ea” — doña Olaya —, no; Maximina.

– ¿Pero cómo — la Montesclaros — que ea, no?

–Pues como que no, sencillamente.

–Mira, Olaya, yo tengo mucha, pero que muchísima correa, pero, si hay algo que verdaderamente me fastid... Porque, ¿quién no ha sido, si es que alguien me lo

puede explicar, algo a lo largo de su vida alguna vez?

—Ya. Si no — doña Olaya —: si algo sí. A lo que voy es a que...

—Lo que ella está queriendo decir — la Montesclaros paliducha también pero algo menos, dando a la hermana suya unos suaves golpecitos con sus dedos en el antebrazo — es que quién no ha sido algo alguna vez aunque no fuera lo que estuviese deseando fervientemente ser...

—Ah — la paliducha se calma; se calmó, pero sólo durante unos segundos que empleó en hacer un stop —: ¿Y alguien conoce, personalmente a alguien que...

—Pues Heliodorín.

– ¿A quién conoce Heliodorín? —
Inquisitiva, irreductible; manteniendo la
velocidad en ciento treinta...

–A nadie, Cornelia — la
Montesclaros paliducha pero menos es,
era, infinitamente más paciente. Y le
explica —: Nosotros, todos, conocimos a
Heliodorín...

– ¿Y qué le pasó?

–Bueno — Olaya —, nos contaron
que le dio algo al coraz...

–Ya — la Montesclaros levanta un
poco el pie y otro poco la voz —; pero
quiero saber qué.

–Un infarto, o algo así...

–Antes ¡Antes! — Y dio un
acelerón.

–Pues que nunca fue niño.

Fue Maximina, la primera vez que abría la boca en todo el trayecto, quien lo dijo. Luego ladeó un poquito la cabeza y la volvió a enderezar como queriendo dar a entender “ea”.

–Nos enteramos, cuando los apenas medio centenar de supervivientes peinábamos ya canas y era por consiguiente imposible reparar el daño, de que jamás... ¡pero que nunca, eh!, había sido niño...

– ¡Caramba!

–O, al menos, no un niño como los demás...

Aunque Hubo Quien, incluso, según dijo, pretendió dar pelos y señales

asegurando haberlo conocido como tal, y aun recordarlo... ¡Que a ver si no era desfachatez cuando ahí estaba el propio interesado, en persona!... Encarece.

Y que si bueno, pues a ver si es que — “insistió Hubo Quien”, apostilla la hermana —, ya nadie se va a acordar del nieto de doña Práxedes, la viuda de...

–Mamá, en cambio, sí que había sido...

– ¿Viuda?

– No, Sebastián; mamá.

– Ah – sordo como una tapia, el pobrecito aunque, eso hay que reconocérselo, con su cabeza muy bien amueblada *porque*, dice, *Verbenita*,

¿verdad?... entornando, con gesto soñador, un poquito los ojos *casi siempre*.

Con algunas salvedades, claro está, aunque contadas con los dedos de una mano y por causas de fuerza mayor cual podían serlo... pues, qué te diríamos nosotras — intercambiando una mirada cómplice, las dos Montesclaros —: sus clases de equitación o cuando a su abuelo le concedieron aquella cruz de san Fernando, tan laureada; pero, por lo general, o sí o casi...

—Y es que, para ser lo que ella era hacía falta no sólo ser la mejor, y la más lista y la más guapa y la de familia de abolengo más rancio — que eran requisitos primordiales —, sino, además,

tener muchos, pero que muchísimos arrestos y un carácter y un temperamento que, como muy bien dijese Pepe Garrido, ojito al parche o acordaros de cuando...

Y por supuesto que nos acordamos – en seguida y con unanimidad casi absoluta, además; y con una de esas frescuras de las que suele decirse es como estarlo viviendo, mismamente —, cada cual no ya sólo del cada “yo” que estuviera siendo entonces sino de todos los “yoes” de todos los demás integrantes de aquella multitud heterogénea que escuchaba, absorta y boquiabierta o masticando pan con chocolate La Campana, el relato pormenorizado que aquella tarde le había tocado hacer a Mariví la de las espinillas

de cómo mamá, con sus pies tan pequeños firmemente asentados sobre el duro suelo — pese a que Verbenita calzara un treinta y ocho y se supiera, de buena tinta además, que tenía un carácter más bien desenfadado —, se ponía como un verdadero basilisco cuando el tío Enrique, su medio hermano, en exceso proclive al lenguaje poético, aludía al viejo baúl “do dormitan” – decía, en palabras textuales – los trajes tan preciosísimos y las gargantillas, brazaletes, y demás aderezos de la tía abuela Lolita o cuando, en las tardes tristonas de invierno todos allí alrededor de la chimenea, se le pasaba por las mientes a alguien ponerse a recordar

tiempos pasados y él evocaba las rosadas mejillas de Anabela.

—No es ningún viejo baúl, Enrique — protestaba tratando de controlar su enfado —, es sencillamente un baúl muy viejo.

Y que las joyas y los trajes eran un puñado de baratijas y unos cuantos andrajos; ocasionando, con semejante aseveración y sin habérselo en su pronto tan irreflexivo propuesto, un enorme trastorno y un ir y venir de operarios echando el bofe porque, y cualquiera lo comprende, si para el baúl del tío Enrique lleno de objetos míticos cargados de glamur la ubicación perfecta era el desván con todas sus sombras, aromas

polvorientos y silencios adormecidos sugiriendo un pasado de cierto postín, para el de ella, cuatro tablones desvencijados y a rebosar de guarrerías, el destino idóneo era el trasterillo del sótano, una covacha lóbrega de muros carcomidos por la humedad.

Y, secándose a continuación las manos que se había lavado en la vieja jofaina... “o palangana desconchada; mejor — precisa, no doña Olaya sino la hermana — para no disgustarla”, del aguamanil que fuera antaño de la habitación de don Román, que en lo «tocante a las mejillas de Anabela, ¡Enrique, por favor!», rogaba, lo que sucedía era sencillamente que estaba

siempre colorada como un tomate y, ella, «hasta las narices, Enrique, de tu jodida manía porque, vamos a ver, Enrique, ¿qué sentido tiene el querernos pintar la realidad como hasta el más tonto de la familia está al cabo de la calle de que no fue?».

Y que no le destrozase los nervios «Enrique; y usted, tío, perdóneme pero ya sabe cómo soy» y, a nosotros, que despejásemos la mesa de la cocina y «tú», al primero que pillaba y sin discriminar miembros de la familia o sólo espectador, que pusiera el hule y colocase los platos, que era la hora de cenar...« ¿pues qué va a ser?, sopa de cebolla como siempre», contestaba cuando le preguntábamos « ¿qué?».

—Porque mamá se comportaba con frecuencia — cuentan, “¿verdad, Sebastián?”... hablándole muy fuerte — como si no supiese que la sangre que circulaba por sus venas era la de una de las familias más distinguidas del lugar que jamás había cenado, para empezar, sopa de cebolla, y para seguir, sentada a la mesa de ninguna cocina ni sobre ningún hule.

Esta forma de proceder tan suya que debía ser calificada, por los más, de «enteramente irresponsable o ganas de tocar las narices» y tildada, por los menos, de «acto de profunda humildad digno de encomio» tenía en pura lógica que:

1 — O bien desencadenar las iras de los menos «porque, si además de ser pocos — dirían — nos toca la parte más difícil, ganaréis siempre vosotros». Y eso era injusto a todas luces.

Que parecía sensato.

2 — O, mejor incluso casi, hacer que los más montasen en cólera «porque, si además de ser muchos —argüirían — hemos de hacernos cargo de la parte más fácil, os ganaremos, sí; pero... ¿y qué; eh?». Y eso era una mierda de victoria a ojos vistas.

Que parecía igualmente defendible y razonable.

¿Qué había que hacer, ante una disyuntiva semejante?

Ella, sin embargo y tan pragmática, desentendida de calificativos y de tildes con una sencillez que dónde habría aprendido sin haber apenas ensayado, seguía, a su paso, sin pestañear ni apartarse de su camino un solo ápice y sin hacerse, jamás, preguntas que pudieran ser respondidas con una obviedad.

Tal vez por eso no mostró nunca interés — aunque ni doña Olaya ni la hermana lo mencionan — por saber quién había sido, nada más por poner un ejemplo, un tal don Román al que no era posible no acudir mentalmente al referirse a la habitación de la enferma, grande, con balcones y muebles de madera maciza y oscura y cama con dosel, una hermosura

de habitación, en suma, la mejor al parecer de la casa de aquel señor se decía que muy rico y de apellido extranjero que vivía al otro lado del parque y, como no se relacionaba con nadie y se sabía poquísimo de él, resultaba un terreno maravillosamente abonado para dar rienda suelta a la birlocha de una imaginación multicolor y multiforme que se elevaría en el cielo azul grácil y airosa o, por poner otro ejemplo — como cosa excepcional, hay que decirlo, habida cuenta de que los segundos ejemplos se solían reservar para ocasiones muy señaladas o casos de extrema necesidad —, quién la había casado a ella con un tipo como papá.

Porque papá, tal vez por aquello de la complementariedad, era otra cosa; entendiéndose por cosa “cosa”, propiamente y en toda la extensión de la palabra habida cuenta de que papá era, entre nosotros, algo muy similar al paraguero o, con mayor exactitud y dada su corpulencia, al enorme buda de granito y sonrisa imperturbable que llevaba sentado en el jardín - [éste sí recoleto y alfombrado](#) - sobre un pedestal de lo mismo un par de siglos o tres.

—Porque la casa — siempre tenía que haber alguien que lo explicase pero, si Encomienda no estaba o no quería esa tarde entrar por lo que fuese, podía hacerlo cualquiera puesto que era algo que sabía

todo el mundo — era antiquísima y había pertenecido a otras gentes.

Papá, en cambio, siempre había sido nuestro — y esto, que también tenía inexcusablemente que haber alguien que lo explicase aunque no era forzoso que fuese el mismo alguien anterior, comportaba el compromiso implícito de apostillar «de la familia, del entorno, quiero decir» que Encomienda solía pasar por alto al objeto, aducía al ser amonestada, de no interferir en el ritmo al que debían sucederse los acontecimientos —, una especie de presencia de la que tan pronto íbamos alcanzando el uso de razón empezábamos a ser vaga, muy vagamente conscientes y a intuir que estaba en algún

lugar... que no era el jardín, ¡Dios nos librase!, porque por alguna suerte de agorafobia o algo muy similar que lo aquejaba desde la infancia aborreció siempre los espacios abiertos, en general, y...debería decirse, «nuestro jardín, en particular», pero jamás se dijo porque por qué hacer algo tan incongruente, ¿eh?, ¿sólo por fastidiar?; y por fastidiar era del todo impensable porque, a papá, literalmente, se le adoraba.

Sí, se le idolatraba; se le rendía culto y se le obsequiaba con ofrendas que eran depositadas con devoción a la puerta de lo que en un principio se llamase cuartillo del lavadero y luego se denominó sucesivamente y en función de las

necesidades que el momento impusiera con nombres que iban, de boca en boca, desde “el oratorio de la abuela” con su reclinatorio de terciopelo rojo y sus hornacinas con mártires y vírgenes hasta “la sala de juntas”, en la que se reunían el abuelo y sus amigos después de comer, para la partida, enfrascándose tanto aquí y allí en el juego y las salves que no se enteraban de qué se les estaba hablando y había que repetirlos — los nombres, sí; y hasta a veces también los caminos a los que con frecuencia se perdían en la casa tan grande — varias veces, gritando incluso procurando no hacer ruido y susurrando en aras de una paz y un bienestar domésticos que se verían muy

alterados si llegaban a oídos de Bibiana nuestros ires y venires por el pasillo, a altas horas de la noche — que se despertaría sobresaltada y la emprendería con cualquiera de las peroratas que, a modo de letanías, recitaba siempre en el mismo orden y a voz en cuello — o, ya de día, a conocimiento de Abisinia que habíamos estado hurgando en la basura.

Pero nadie imagine que nada más le llevábamos trozos mordisqueados de sándwiches mohosos o peladuras de patata y manzanas podridas. También elegíamos para él moscas muertas, cagarrutas fresquísimas y hasta, una vez, un trocito de gasa impregnado de pus del divieso que a uno de los chiquillos del

tuerto, el de la chatarrería, le salió en el culo.

A él le hacían una ilusión tremenda estos presentes y, allí, en el cuartillo del lavadero elevado a la categoría de laboratorio a media voz o a berrido limpio, se pasaba las horas y los días y las semanas y los meses y los... Todo, en fin, cuanto quepa imaginar; la totalidad de su tiempo en resumen, estudiando, escrutando, analizando, ajeno al resto de un mundo que le era por completo extraño e ignoraba sin pasión ni encono, amablemente se podría decir incluso o esa era al menos la impresión que daba, o la que le daba en concreto a Abisinia cuando al entrar cada mañana en el pequeño

habitáculo provista de su fregona y su zotal le dedicaba él, papá, una sonrisa absorta y la invitaba a deleitarse con la contemplación de tal o cual nemoptérido; goce que Abisinia solía rehusar con aspavientos exagerados y protestas bastante más ásperas de lo que estaría correspondiendo en puridad a una fórmula de las de toda la vida, a cualquiera de la infinidad de criadas que habrían hecho por qué no un papel buenísimo pero Genoveva rechazó bajo pretextos tan pueriles como que cuando papá dijese "nemoptérido" no iban a saber ellas adonde exactamente tenían que mirar o que, en caso de acertar ya que entre las candidatas había algunas que habían sacado sobresaliente en

ciencias naturales, se pusieran completamente histéricas y a pegar saltos y proferir gritos.

Pero temerosa esta vez de que volviera **Hubo quien** a tergiversar sus palabras sin quererlo, no dijo tanto sino que después de lo de las pastillas de siempre se calló, como siempre, porque papá tenía razón — dijo — y «esto es nada más el principio» de modo que no convenía quemarse y sí hacer acopio de energía para ir cubriendo las etapas que el propio camino fuese deparando; así que se quedó ahí sentada, un poco inclinada hacia delante, con los brazos en equis sobre su regazo haciendo bailar su sandalia sobre la punta de su dedo gordo,

ensimismada casi, como si todo su objetivo consistiera en conseguir que no se cayese. Pero al final las leyes de la física triunfaron y, describiendo una parábola, fue a parar a algo más de un metro de distancia, sobre la calzada. Entonces sonrió retirándose un mechón de pelo de la cara.